

Noticias de Fernando del Paso

José Gordon

XXIV

CASTILLO DE BOUCHOUT

1927 - PARÍS, MAISON DU MEXIQUE, 1986

Yo soy María Carlota Amelia Victoria Clementina Leopoldina, Reina de la Quimera y del Olvido: hoy vino el mensajero a traermé noticias del Imperio, y me dijo que Carlos Lindbergh está cruzando el Atlántico en un pájaro de acero para llevarme de regreso a México. Todos creen que me han tenido encerrada siempre en mí misma porque no saben que cosí todos los edictos y cartas y papeles en blanco que dejaste regados en tu despacho del Castillo de Chapultepec para hacerme con ellos un paracaídas y brincar por la ventana. Me tienen encerrada en el Castillo de Bouchout y me acusan de loca pero eso es una mentira, porque yo soy, Maximiliano, la Emperatriz de la Mentira. Pero de la gran mentira, de la verdadera mentira, de la mentira que se enciende sólo al contacto de las rosas coaguladas.

Te voy a decir mi secreto, Maximiliano, si me prometes que no se lo cuentas a nadie: una vez, de niña, descubrí en las Tullerías una colección de pisapapeles que reproducían, cada uno, un castillo en miniatura. El Castillo de Ambrás. La Torre de Londres. El Alcázar de Segovia. El Castillo de Amboise. Descubrí, también, que si me sentaba con uno de esos pisapapeles en las manos, y ponía las manos en el regazo y lo miraba fijamente en silencio, el castillo se llenaba de vida, de habitantes muy pequeños, más mucho más pequeños que los que vivían en mi casa de muñecas, y que salían y entraban por sus puertas, comían y bailaban en sus salones, subían por las escaleras, cazaban jabalíes en sus bosques, montaban a caballo por

los caminos que llevaban al castillo. Era como tener todo un mundo en mis manos. Encerrado cada castillo en una esfera de cristal, por la esfera transcurría la noche y sus habitantes dormían o se amaban, encendían y apagaban sus ventanas. O pasaba el día, como una ráfaga azul, y yo veía cómo el sol, un sol del tamaño de una lenteja luminosa, viajaba ante mis ojos, de un lado a otro del hemisferio celeste que tenía yo en el regazo, y la noche regresaba, con sus constelaciones y estrellas que eran como un polvo plateado que navegaba, ondulante, a ras del cristal. Nevaba a veces también, o la esfera se nublaba y tenía yo que soplar para desvanecer las nubes o para transformarlas en lluvia.

Estoy más allá del tiempo. Me vi volar sobre el Bosque de Helenental por donde paseaba, sordo al canto de los pájaros, Ludwig van Beethoven. Viajé en el Expreso de Oriente, hablé por teléfono con Rasputín, bailé foxtrot, vi a un gringo robarse la cabeza de Pancho Villa y vi a Fernando del Paso que escribía una novela sobre la imaginación, sobre la loca de la casa, sobre mí. Él trata de inventarme una locura inacabable y magnífica, un delirio expresado en todos los tiempos verbales del pasado y del futuro y de los tiempos improbables o imposibles para darme, para crear para mí el Imperio que fue, el Imperio que será, el Imperio que pudo haber sido, el Imperio que es. Veo cómo escribe febrilmente. Me asomo tras su espalda y leo: Si pudiéramos hacer de la imaginación la loca de la casa, la loca del castillo, la loca de Bouchout y dejarla que, loca desatada, loca y con alas recorra el mundo y la historia, la verdad y la ternura, la eternidad y el sueño, el odio y la mentira, el amor y la agonía, libre, sí, libre y omnipotente.

Dicen que estoy loca sólo por eso: porque quiero recoger todos los pedazos de mi vida y con ellos, como con un rompecabezas, hacer un espejo donde pueda ver mi vida entera en un instante. Ese es el sueño de los escritores. Vi ese sueño flotar en el aire en una letra imaginada por un autor ciego. En esa letra cabía todo el universo, en esa letra cabía todo México. Y vi el Aleph de México. En un pisapapeles de Fernando del Paso vi el Castillo de Chapultepec. Él lo miraba fijamente y en silencio. Y lo vi imaginando mi delirio por México. Dice que tengo alas de ángel y alas de águila que le robé a la bandera mexicana, que recuerdo las uñas de mi amado encajadas en la pulpa de una sandía, que soy los huesos de Maximiliano que tocan una marimba, que soy su ombligo colgado de la luna de Querétaro. Dice que muchos piensan que estoy loca, porque sueño con un México que ya dejó de existir, que en cada trozo de México está el espejo de mi amor. Fueron sus cielos, sus orquídeas, sus colores los que me enloquecieron. Dice que volveré en un globo de seda impulsado por los vientos alisios que bajará del cielo hasta el corazón del Valle de México, en medio de mi pueblo, para que el aire se inunde de palomas y toquen a rebato las campanas. ¿Puede alguien amar a México hasta la locura? ¿De quién podría ser este delirio? Es mío, pero también de Fernando del Paso, una memoria viva y temblorosa, una memoria incendiada, vuelta llamas, que reconoce y atestigua un amor tan intenso por México que no puede ser borrado por el tiempo. **U**

Texto elaborado con fragmentos de la novela Noticias del Imperio.